

Cristina Elena Amado

Mi refugio y mi prisión: una mujer



novela



Muchas veces en la vida
la libertad es aparente,
el amor, condicionante y
el miedo..., el miedo es nuestro más fiel
carcelero...

Amado, Cristina Elena

Mi refugio y mi prisión: una mujer. - 1ª ed. - Buenos Aires : Ediciones Libélula, 2008.

110 p. 15 x 11 cm

ISBN 978-987-24265-0-7

1. Literatura Argentina. I. Título
CDD A860

Ilustración de tapa: *Mrs Susanna Hoare and Child de Sir Joshua Reynolds (c1763-4)*

Diseño de interior y tapa: Ediciones Libélula

ISBN 978-987-24265-0-7

© Cristina E. Amado

© Ediciones Libélula

Hecho el depósito que marca la ley 11723

*A la memoria de mi
papá: mi primer lector.*

Prólogo

Quisiera copiar aquí una poesía muy bonita de Fernando Pessoa, que si bien fue escrita como definición del poeta, para mí aplica perfectamente a cualquier escritor, del género que sea, que siente lo que escribe.

Ese es mi caso particular y mi mayor deseo es que ustedes, mis lectores, puedan sentir este relato largo como lo he sentido yo al escribirlo.

Quiero agradecer también a todos mis lectores virtuales que fueron enviando sus opiniones a mi casilla de e-mail durante los años que esta pequeña novela estuvo publicada en Internet.

Vuelvo a dejarles mi dirección electrónica aquí, ahora actualizada, para poder seguir “escuchándolos” porque en verdad me encanta.

Aquí va la poesía de Pessoa:

Autopsicografía

El poeta es un fingidor.
Finge tan completamente
que hasta finge que es dolor
el dolor que en verdad siente.

Y, en el dolor que han leído,
a leer sus lectores vienen,
no los dos que él ha tenido
sino solo el que no tienen.

Y así en la vida se mete,
distrayendo a la razón,
y gira, el tren de juguete
que se llama corazón.

Hasta siempre,

CRISTINA E. AMADO
cukingbuds@gmail.com

Capítulo 1

En un pueblito llamado Gutas, allá donde nadie cree que pueda existir gente y menos aún vivir feliz, vivía doña Margarita, la parte-
ra del pueblo. Ya estaba entrada en años, se le calculaban unos ochenta, pero jamás hubo confirmación de su parte, se había perpetuado en el lugar hacía como cincuenta años, tampoco había registros de ello, cuando se percataron de su presencia la necesitaban demasiado como para hacer preguntas, y así tuvo que atender su primer parto. Ahora era una mujer de cabellos entrecanos que hubieron sido muy rubios, con ojos bondadosos y tristes color cielo, su textura era robusta para nada delicada lo que contrastaba enormemente con sus modales y su trato que eran, para con todos, los de una madre cariñosa y comprensiva. Cuentan los aburridos

que cuando llegó al pueblo había sido una mujer muy hermosa, y frágil como el cristal, muy pretendida en el lugar, aunque nunca le dio oportunidad a nadie, no se casó ni tuvo hijos. ¡Y Dios sabe que trajo cientos al mundo en esos cincuenta años! Nadie sabe por qué, gentilmente, siempre rechazó las propuestas de matrimonio recibidas. Para una mujer como ella, la sobrina del sepulturero, los candidatos eran más que aceptables. Algunos decían que por venir de la ciudad se creía gran cosa, pero doña Margarita no era así en realidad.

Don Cosme, su tío, con quien ella había vivido desde que llegó al pueblo, era un viejo solitario y temido por su oficio. Siempre hablaba, cuando encontraba quien se animara a escucharlo, sobre una hermana y una sobrina que vivían en la ciudad, decía, que un día iban a venir a visitarlo. Conforme fueron pasando los años todos atribuyeron la historia a la soledad del pobre viejo y dejaron de darle importancia, esto lo entristeció enormemente y lo dejó sin tema alguno de conversación.

Cuando llegó Margarita al pueblo unos vecinos la llevaron a casa del viejo. Tal vez le creían,

tal vez le querían creer para espantar su tedio cotidiano pero la cara de sorpresa de Cosme fue tan grande que se diría que en su vida había visto a esa muchacha. De hecho no había foto alguna ni siquiera de cuando era pequeña, y su sobrina ya era toda una mujer, tal vez el pobre hombre la había visto de niña y no podía creer lo crecida que estaba, o tal vez, lo que no podía creer era que lo hubiera ido a visitar. ¿Quién en su sano juicio querría vivir con un sepulturero? Lo cierto es que Margarita, lejos de quedarse unos días, se quedo para siempre.

Cosme había fallecido y ella seguía ahí, en la misma casucha de la lomada lindera al cementerio. A los muy santurriones les gustaba decir que había triunfado la vida sobre la muerte, ya que ella los traía al mundo y él los enterraba; pero Margarita no dejó de llorar ni por un momento la muerte del buen Cosme, a quien quería como a un padre y, de hecho, no pasaba un día que no extrañara su compañía llena de anécdotas que nadie nunca había querido escuchar. Ella hubiese preferido irse primero, pero no fue así.

Cosme la quería muchísimo. Antes de morir le dijo: “No llores, el día en que llegaste a mi

puerta atendiste tu segundo parto, porque ese día yo finalmente nací, y no cambiaría por nada los años compartidos, conmigo muere tu secreto y estoy seguro de que el buen Dios ya te perdonó hace mucho, mucho tiempo, y sino cuando me encuentre con Él me pelearé, no lo querré más y te voy a esperar en el destierro en una chosita como ésta, pero no tengas miedo ni te andes disculpando con esta gentuza, sos mejor que todos éstos juntos, no te dejes engañar, ni confíes en nadie, yo te voy a estar esperando ya sea arriba o abajo. ¿O es que acaso pensás que el infierno pueda ser peor que esto?, ya pagaste, no te culpes, no llores por mí y tratá de arrancarle a este desierto de embalsamados un cachito de felicidad si podés, vos fuiste el mío y siempre te voy a querer; pero me tenés que prometer que nunca, pero nunca vas a contarle la verdad a nadie...” esperó a que Margarita asintiera con la cabeza entre sollozos y se fue. Ella misma le dio sepultura. Después de cubrir la tumba. Le leyó de una vieja Biblia el salmo treinta y cinco, el favorito del viejo. El siempre le leía a sus muertos ese salmo una vez que se habían retirado del lugar los llorosos familiares. Luego, le hizo una

lápida en piedra que decía: “A mi muy querido tío Cosme: Gracias”. Su tumba tuvo muchos visitantes, no porque a alguien le importara su muerte, sino porque les intrigaba la leyenda de la lápida, nunca pensaron que alguien pudiera sentir sino miedo por él, mucho menos podían imaginar que alguien lo quisiera y una lápida de agradecimiento ya era insólita para sus estrechas mentes. Algunos decían que su atormentado espíritu deambulaba por las noches asustando a la gente. Pero Margarita sabía que a Cosme no le gustaba perder su tiempo, así que de poder volver del más allá sería para sentarse a hacerle compañía a ella. Ella a su modo se las había ingeniado para sentir su presencia: no cambió absolutamente nada de su lugar, inclusive, tendía una vez por semana la cama de Cosme con sabanas limpias como solía hacerlo cuando el vivía.

Y ahora, paradójicamente y para regocijo del chismoso y aprehensivo pueblo, ella también tenía que encargarse de los muertos.

Cosme había sido carpintero así es que confeccionaba los ataúdes con sus propias manos, ante su ausencia tenían que traerlos desde un pueblo cercano, pero ella no había querido que

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

